



## ***Esperando a Garibaldi***

Ricardo Cano Gaviria

***(Para Ignacio, en un hospital de Milán)***

**T**engo en mi estudio un retrato de Garibaldi. Está en un sitio prominente, que sin embargo no le asegura ningún protagonismo, pues la pared que el sol ilumina a una hora del atardecer se lo traga, salvo en aquellos días, como hoy, en que una luz especial, o un apremio innombrable, trae al ángel de la melancolía hasta mi estudio. Esta tarde ese ángel se ha posado, sigiloso y casi artero, en este retrato que mi tío abuelo dibujó al carbón, hace ya más de un siglo, y he mirado con sus ojos ese rostro de nariz aguileña y mirada serena tratando de imaginar lo que estaría pensando mi tío abuelo cuando lo dibujó. Corría el año 1892, él era un pintor de provincias de veintisiete años que se ganaba la vida pintando retratos de difuntos añorados por sus acomodados deudos mientras intentaba labrarse una reputación, y en Colombia gobernaba el Designado, filólogo y traductor de Virgilio, Miguel Antonio Caro. En tales

circunstancias, solo se me ocurre pensar que Garibaldi, fallecido diez años atrás, no era para el joven pintor de provincias un muerto mandado a dibujar por otros, sino un vivo que se hizo a sí mismo el encargo de dibujar, llevado por una epifanía melancólica como la que ahora me lleva a redactar estas palabras. ¿Con su aureola romántica, no era el italiano en cierta forma la garantía de que, más allá de Colombia, la gris Colombia de las monótonas luchas partidistas y las casi rutinarias guerras civiles, existía una Europa en la que la historia se escribía con un esplendor que, desde la muerte del Libertador, brillaba por su ausencia en nuestras tierras? En efecto, nadie encarnaba el romanticismo de la lucha patriótica en pro de la libertad de los hombres y de las naciones mejor que Garibaldi, llamado el “héroe de los dos mundos”, y nadie como él, aparte tal vez de Víctor Hugo, quien le otorgó el título de paradigma humano o “viris”, disfrutó de una gloria tan limpia y de un prestigio tan sólido a ambos lados del océano.

Ignoro si mi joven tío abuelo, de quien yo hoy podría ser el padre, conocía en 1890 la trayectoria del patriota italiano mejor que yo, que en el año 2000 no puedo prescindir de libros y enciclopedias a la hora de repasar los principales episodios de su vida. El primero de éstos me lo muestra, siendo aún muy joven, participando junto a Mazzini en una conjura cuyo desenlace negativo lo llevó huyendo al Africa y luego a Latinoamérica, el sitio donde realmente hizo sus primeras armas y obtuvo sus primeros triunfos militares. En Brasil, junto a otros refugiados italianos, a los que organizó y lideró, prohió la causa de los separatistas republicanos del Río Grande do Sud, y en Uruguay luchó contra las tropas del general Rosas, que pretendía anexionar a Argentina la República de Oriente. Sus victorias en las batallas de Cerro y San Antonio en 1846 aseguraron la independencia del Uruguay y le granjearon honores y prebendas, que él rechazó,

pues su mirada seguía puesta en su patria. Dos años más tarde, en la secuela de los hechos del 48, planeó su regreso a Europa al mando de un grupo de refugiados, y todo hace pensar que fue durante este viaje cuando hizo una clandestina escala en Cuba para entrevistarse con los insurgentes que planeaban ya la independencia de la isla. De nuevo en el viejo continente, ofreció sus servicios al rey Piamontés Carlos Alberto, promotor de la primera guerra de liberación de Italia, que los rechazó; decepcionado, Garibaldi se dirigió entonces a Lombardía, donde ofreció esta vez sus servicios al gobierno provisional de Milán, que premió su obstinación confiándole la organización de una fuerza de voluntarios.

Fue pues Milán el escenario en que Garibaldi llevó a cabo las primeras acciones militares con que se abre el capítulo de su vida dedicado a la lucha por la liberación y la unidad italianas. Se trata de algo más de una década que, en el juego de la política del momento, está atravesada por las iniciativas de Napoleón III frente a Austria, Prusia y el Papado, la actitud beligerante de Piamonte y la política de su primer ministro, Cavour, de fomentar el descontento en el interior de los reinos ocupados, como el de las Dos Sicilias. Una insurrección llevada a cabo en éste fue la que hizo posible la definitiva entrada en acción de Garibaldi, quien, al mando de una expedición de mil “camisas rojas”, compuesta de proscritos, emigrados, estudiantes, nobles y plebeyos, desembarcó en Sicilia y se adueñó en un abrir y cerrar de ojos de la isla. Luego se apoderó del reino de Nápoles, en una marcha tan arrasadora que el propio Cavour, que no despertaba las simpatías del militar, que a su vez recelaba de él, llegó a temer la posibilidad de que éste lo ensombreciera o incluso se hiciese con el poder. Y es aquí precisamente donde se revela otra de las grandes virtudes de Garibaldi, el mal llamado “aventurero romántico”, el héroe de los dos mundos: la de la abnegación patriótica y la faltá

de ambición personal que lo llevó a esfumarse tan pronto como pudo del mapa, dejándolo todo en manos del rey Víctor Manuel. Su conducta en este episodio clave, unida a la vocación internacionalista que renació en él en su vejez, aureoló su nombre con un prestigio que dio la vuelta al mundo, convirtiéndolo en uno de los personajes más célebres de la segunda mitad del siglo XIX. Fue a este personaje, odiado por Napoleón III y por el clero, pero convertido ya en símbolo mundial de la libertad y la justicia, al que, en junio de 1861, Abraham Lincoln invitó a participar en la guerra de Secesión, oferta que tuvo que retirar casi de inmediato por culpa de la tempestad desatada en el Vaticano; no obstante, una legión de voluntarios garibaldinos italianos, franceses, alemanes y españoles, la “Garibaldi’s American Legion”, participó en dicha guerra, escribiendo páginas que honran la memoria de su inspirador. Pero eso no es todo: nueve años más tarde encontramos a Garibaldi, en compañía de sus hijos Menotti y Ricciotti, participando en la Guerra Franco-prusiana, guerra en la cual llegó a ser, según palabras pronunciadas en la Asamblea General Francesa, “el único general ‘francés’ no derrotado”. La invitación de la Comuna, el 18 de marzo de 1871, a asumir el mando de las tropas federadas, invitación que Garibaldi declinó, da una medida del prestigio adquirido entre los oprimidos del mundo por el hombre que había iniciado su carrera militar en Sudamérica, donde el último de los patriotas, José Martí, escribió de él que si los hombres nacen de la patria como de una madre, la libertad, madre del género humano, tuvo un hijo: Giuseppe Garibaldi.

Es así como la imagen de un Garibaldi infatigable, sostenido por el prestigio de las guerras de liberación llevadas a cabo en varios países y en varios continentes, me parece encarnar el retrato de mi tío-abuelo, como si la mano del joven artista, al dibujarlo, hubiese estado animada por la nostalgia, o el

remordimiento, de una patria que no supo gestar una guerra digna de Garibaldi, de una guerra justa y definitiva, que hubiese servido para evitar las siguientes y hubiese sacado de una vez por todas a Colombia del tirabuzón infame de las guerras civiles que la atravesaron de lado a lado durante el siglo XIX. Pues es un hecho que si, en distintos momentos de la segunda mitad de dicho siglo, desde la Rusia de los zares, donde Garibaldi era añorado por los mujics como se añora a un libertador, hasta los Estados Unidos de Norteamérica, donde los esclavos lo esperaban para que combatiera por su causa, los oprimidos del mundo soñaron con el italiano, en Colombia no tuvieron siquiera esa oportunidad, entregados como estaban al sagrado Corazón de Jesús. Era éste el mediador que, aliado al fragor de siete guerras civiles tan insidiosas como letárgicas, que narcotizaron al país y lo pusieron, exánime y sin alma, en manos de la gramática y la teología, sirvió para que políticos más versados en las declinaciones latinas que en la teoría de las modernas instituciones, velaran por su limpieza espiritual, en un momento en que, en otras regiones del continente, se sentaban las bases de un futuro que hablaba ya el lenguaje de la ciencia y el mestizaje. Fue así como inmigrantes españoles y castizos, respetuosos de Dios y de la gramática divina, antes que de italianos de ideas sospechosas por anarquistas o de chinos paganos e insondables, fueron los que enriquecieron la sangre del país en la recta final del siglo XIX, cuando -y es sólo un ejemplo- los cubanos se levantaban por tercera y última vez contra el poder español, y los garibaldinos del mundo y de Italia, entre los que me hubiera encantado se encontrara mi joven tío-abuelo, se movilizaban formando una legión que combatió en la guerra de Cuba al lado de los insurgentes... Por todo eso, al dibujar ese sueño imposible que fue en Colombia Garibaldi, el joven pintor pudo muy bien preguntarse qué separaba al héroe italiano de los prohombres colombianos que, mientras al otro lado del

Océano Italia avanzaba hacia la unidad, convirtieron al país en una gran hacienda cuyo territorio pronto sería subastado al más bajo precio en el mercado internacional. En efecto, a la vuelta de diez años -durante los que el joven pintor pudo visitar Europa-, la guerra de los mil días habría sentado ya la base de esa disgregación de esa gran hacienda que cuajaría en la secesión de Panamá y que puso en los labios de un cínico y decrepito prohombre colombiano la frase: “no sé de qué se quejan, me entregaron un país y les devuelvo dos”, palabras que son más que una abierta irrisión del credo de quien fuera el Libertador de los colombianos, que predicó la unidad y no la disgregación, y del que hoy se burlan igualmente quienes simulan inspirarse en él, y con su tergiversación engrosan las filas de la mayor parte de los gobernantes y caudillos latinoamericanos que, no contentos con la fragmentación del continente, se enzarzaron en guerras de fronteras, a caballo de gratuitos, por no decir fantasmagóricos nacionalismos.

No podía de ningún modo suponer mi tío abuelo al dibujar a Garibaldi que, más de un siglo después, el espíritu de los disgregadores, por la fuerza de las armas, volvería a manifestarse en Colombia frente al de los defensores oficiales de la unidad, corroidos secretamente por una división entre sus palabras y sus intereses, e incapaces de poner éstos a la altura de aquéllas. Ni tampoco que los liberadores del pueblo volverían convertidos en mercaderes de niños y extorsionistas, y se reclamarían de las ideas de Bolívar para justificar el ajusticiamiento de la gente humilde por la cual dicen luchar, pues ésta ha llegado a adquirir para ellos el mismo valor que hace tanto tiempo tiene para una oligarquía estúpida y miope: carne humana medible y cuantificable, a la que, mediante la sangre y el terror, se puede exterminar o manipular a voluntad. Esa carne humana, que hoy circula por las más apartadas veredas colombianas bajo la forma de trémulos

campesinos, es una de las más desamparadas del mundo, en cuyo mercado de valores ha alcanzado el precio más bajo. Sorprendida entre dos fuegos, como siempre lo ha estado, esa carne sabe que nada ha mejorado desde los tiempos en que era reclutada a la fuerza para alimentar el Moloch de las guerras civiles que diseñaban los cachacos en sus confortables haciendas bogotanas, pues hoy no es más que la materia prima con la que quienes dicen negociar su justicia y libertad, se extorsionan unos a otros, como si de un moderno comercio de esclavos se tratara. Pues poca diferencia hay entre el antiguo tráfico de esclavos y el moderno tráfico de muertos que se ha instaurado en Colombia; los barcos negreros que antes atravesaban el océano cargados de seres moribundos, tan parecidos a aquellos “voluntarios” de las guerras civiles colombianas, a los que la recluta secuestraba y llevaba atados hasta los cuarteles, han sido reemplazados por las piras de ejecutados inocentes con los que, una y otra vez, los asesinos uniformados se demuestran su capacidad de matar. A todos ellos la muerte ajena les sale gratis, lo que se les antoja un premio “natural”, pues han entrado ya en esa soledad sin remisión y sin fronteras de los que, tras haber visto la sangre humana, creen haber descubierto en ella un futuro de humanistas, cuando sólo han ingresado en un viejo y vergonzoso pasado de carniceros...

Nada de ese futuro sabía sin duda mi tío abuelo cuando dibujaba a Garibaldi, a la temprana edad de veintisiete años, y era sólo un esbozo del gran pintor de provincias que llegó a ser para su país. Pero se me antoja que al contemplar el rostro del italiano que, en persona o en la idea que de él se forjaron los que padecían en varias partes del mundo, era un emisario mundial de la causa de la justicia, con la perplejidad de quien no alcanza a comprender cómo podía un país estar tan lejos de Garibaldi y tan cerca de Miguel Antonio Caro, tan lejos del civismo y la justicia y tan cerca de la gramática y del clero, y con el sobresalto de

quien, desde su modestia, estaba lejos de adivinar la triste gloria de patria cainita que el futuro reservaba a su país, ocupado en idear las formas más crueles e ingeniosas de deshacerse del alter-ego, mientras que en otros lugares menos agraciados por la gramática y la teología se inventaban nuevas formas de pactar y dialogar con él. Patria de monos gramáticos y homicidas, dispuestos a girar en redondo sobre sus monólogos, y a hacer girar con ellos al país entero, patria de petimetres grecolatinos que, hasta muy entrado el siglo XX, hicieron el ridículo hablando de “el arte eterno” incontaminado por las impurezas del “pueblo”. Pues bien: hoy gracias a sus escritores ese pueblo ha conquistado ya su derecho a la mimesis literaria, que era su segunda oportunidad sobre la tierra, pero sigue esperando su derecho a la integridad humana, que es su primera oportunidad. Ésta les ha sido tradicionalmente escamoteada por las oligarquías reinantes, que dispusieron en solitario del derecho a dejarlo desnudo, oligarquías que han sido reemplazadas por las hordas uniformadas que, con ideología o sin ella, actualmente disponen en solitario del derecho a dejarlo muerto. Unas y otras se han turnado en la triste, miserable faena de ser los representantes, en ese lugar del planeta donde se asienta el ultrajado mapa de Colombia, de esa minoritaria parte de la humanidad que, por simple avaricia de clase o por lujuriosa demencia asesina, despoja al resto de sus derechos más naturales; unas y otras se han esmerado en la dudosa tarea de convertir la parte del mundo que nos tocó en suerte a los colombianos, y donde antes habían vivido gentes que se llevaban bien con la naturaleza y con sus dioses, en un modelo de cainismo antropófago sin equivalente en otro lugar del planeta, y ello precisamente en un momento en que éste, convertido en una pequeña gran aldea, contempla con estupor el espectáculo de los fanatismos religiosos, los nacionalismos y los sectarismos. En este espectáculo Colombia tiene hoy el triste privilegio de, a pesar de ser uno de los sitios del planeta más favorecidos por su geografía y la inteligencia de sus

habitantes, haber convertido sus verdes y feraces laderas en cementerios, sus humildes o suntuosas casas en una floreciente industria de ataúdes y sus ingeniosas mentes en máquinas de matar.

Nada de ese futuro sabía el joven tío abuelo cuando dibujaba al hombre que, al margen de banderas e ideologías -lo que lo hizo aparecer a los ojos del clero que lo odiaba y al que él escarnecía como un aventurero o enviado del diablo-, puso su talento al servicio de la libertad de los pueblos, en una época en que éstos comenzaban a aprender que, si la que perdían no a manos del extranjero, sino de su propio gobernante, convertido en tirano o en directo representante de una oligarquía, no era menos valiosa y menos digna de ser recuperada. Pero se me antoja que, al dibujar el rostro del hombre que murió sin haber hecho en Colombia ni una sola guerra de liberación, debió pensar en la soledad sin remisión de un país que no tenía sitio para una guerra digna de Garibaldi, y que aún hoy sigue sin tenerla, pues, acabando de entrar en el siglo XXI, se encuentra en una encrucijada como la que, tras entrar en el XX, la llevó de cabeza a la guerra y la segregación; el escenario histórico ha cambiando, pero los protagonistas siguen siendo los mismos, pues idéntico es el pueblo que padece aunque diferentes sean sus verdugos e incluso los motivos, o los botines, por los que es crucificado. Idéntica o muy parecida es también la desesperanza que acecha en el alma de sus gentes, mientras el país se debate entre el cinismo de los que pretenden por la fuerza de las armas administrar el futuro de todos y el voluntarismo de quienes, descendientes de padres y abuelos que vivieron confortablemente de espaldas al diálogo tan anhelado hoy, esperan una solución providencial. Ninguno de ellos habría encontrado sitio en una guerra de Garibaldi, que murió sin haber sido invitado por los oprimidos de Colombia, y si haber podido librar de sí mismo el pueblo más solitario del planeta, donde una estirpe cautiva de otra aún espera su primera oportunidad sobre la tierra.